



loco y se puso a correr por las calles en calzoncillos. Iba ciego. Todos sus familiares gritaban y lloraban», relatan las mujeres de la familia de 'Las Carmelas' (Cati, Juaní, Antonia, Rebeca, Vanessa...), en el improvisado campamento que, al modo de los vaqueros cuando trataban de repeler el ataque de los indios, han levantado trazando un círculo de coches y grandes cajas de plástico que han cogido prestadas de unos invernaderos. Allí han pasado la noche en compañía de sus maridos y de sus retoños, y no saben, como casi ningún otro lorquino en esos momentos, si será la única noche a la intemperie, o la primera de muchas noches al raso. «Las casas están destrozadas, pero hemos pasado una noche estupenda, ¡porque estamos todos vivos!», sentencia una de ellas con una carcajada sincera.



Angeles, Juan Antonio y el perro 'Kimi'. :: R.F.

Señales verdes y rojas Inspecciones

En solares alejados del casco urbano, en antiguos huertos ahora infectados de matorrales, en las campas habilitadas por los servicios de emergencias ..., en cualquier lugar alejado de los edificios agrietados y de sus amenazantes cornisas y balcones, miles de lorquinos (unos 12.000) se agrupan por familias sin otra tarea que mantenerse aceptablemente nutridos e hidratados (los voluntarios les aportan zumos, leche, magdalenas, embutidos...) y aguardar noticias sobre el estado de sus viviendas. El pelotón de técnicos que inspecciona los inmuebles tiene en sus manos la última palabra: si ponen una mancha verde junto a la entrada, los dueños tendrán vía libre; si la mancha es amarilla, podrán coger sus enseres personales de la manera más rápida posible, y olvidarse

de regresar; y si la marca es roja, que se hagan a la idea de que han perdido la casa y todo lo que contiene, porque los daños que presenta en su estructura la condenan al derribo.

En el precario campamento de Rosario y su familia, conformado por una furgoneta habilitada a modo de refugio, un coche y unas cuantas butacas de plástico, la pequeña Valeria, de un año, «aunque está muy seca y muy menuda», se acaba sin ganas un potito que su padre ha tenido que ir a comprar esa mañana hasta Puerto Lumbreras. En Lorca no parece haber una sola tienda abierta, aunque eso no es problema para José, un crío de unos seis años, que aparenta pocas ganas de echarse algo a la boca.

«El pobrecillo está malo. No ha parado de vomitar del susto que lleva encima; hasta han tenido que pincharle», explica Rosario, que guarda silencio unos instantes para dejar que el resto escuche, en la radio del coche, el arranque del informativo de mediodía. Zapatero afirma que mañana, por hoy, el Gobierno aprobará una batería de ayudas para los lorquinos. «Eso lo dice aho-

ra porque hay elecciones. Ya veréis qué pronto se olvidan todos de nosotros», se lamenta la mujer.

Tiene un ático junto a su esposo en el barrio de San Diego, del que salieron huyendo en cuando los temblores cesaron lo suficiente para dejarlos ganar la calle. «Vimos a los tres muertos allí tirados y nos vinimos al descampado. Ha sido horrible».

Miedo sobre miedo Viene el 'otro'

De campamento en campamento, María de los Ángeles Romera, su hijo Juan Antonio y el perrillo 'Kimi', aguardan igualmente noticias sobre su piso, «que está todo rajado y revuelto por completo, como si hubieran entrado a robar». Han dormido en casa de un hermano, «que nos tiene 'acobjados'», y esperan el veredicto de los técnicos confiando en que les permitan el acceso a su domicilio.

No las tienen, sin embargo, todas consigo. El miedo es el mejor caldo de cultivo para los bulos y los rumores, y eso sigue haciendo crecer el miedo, en una espiral inacabable. «Nos han dicho que viene otro terremoto grande. Que será esta tarde y alcanzará los 8,2 grados», comenta la mujer. «Pero quién sabe... Hay tantas habladurías».

No son los únicos a quienes ha infectado el virus del pánico. Por las calles se escuchan de manera recurrente las advertencias de quienes, en un gesto desprovisto de cualquier maldad, alertan de que el gran seísmo está cerca. «¡A los descampados, iros a los descampados! ¡Alejaos de los edificios, que viene el otro!».



Josefa Vidal

El 'otro', como si nadie quisiera nombrarlo para no invocarlo, es el gran terremoto. El que no dejará piedra sobre piedra. Un demoledor seísmo que no está si no en sus almas y no es fruto si no de un terror atávico a estos fenómenos naturales. Un miedo tan básico y cerval que iguala al hombre con el resto de los animales.

Lo sabe Josefa Vidal, sentada en un banco de la calle Puente Gimeño. A sus pies están dos o tres grandes bolsas con lo que hasta ese momento son sus únicas pertenencias. Pasa un joven por detrás y advierte: «¡Hay aviso de otro, aviso de otro!». Y a Josefa se le muda 'la color' del rostro. «Eso dicen, que viene otro. Yo estoy que no vivo. Tengo una ansiedad que 'paqué', ¿sabe usted?».

Todos aguardan el veredicto; si la señal es roja, tendrán que decir adiós a sus viviendas

El crío se recuesta sobre una silla de plástico. «No ha dejado de vomitar del susto que tiene»

Por las calles se proclama la llegada de un gran seísmo; el miedo llama al miedo